

y por demás pintoresca del espectáculo que ofrecen las calles de nuestras ciudades.

—Va, viene, corre: carros por aquí; carretas por allá; un ruido que aturde; beodos que se bambolean; caballeros que se abrochan el gabán por temor á los rateros; á cada paso un guardián que observa en derredor, como si á cada paso hubiera un ladrón; los niños y los ancianos amenazados continuamente de verse aplastados por los coches de los ricos; las mujeres descaradas, y hasta jovenzuelas, ¡horror! que lanzan miradas provocativas, tocan al descuido á los jóvenes con el codo, y hacen otras mil majaderías; todo el mundo con el cigarro en la boca; por todas partes gentes que entran en las tiendas á golosinear, á beber licores, á hacerse rizar el pelo, á mirarse en los espejos, á enguantarse; y luego los gomosos plantados junto á los cafés, que dicen palabritas al oído á las mujeres ajenas que pasan á su lado, y aquella manera ridícula de saludar, y aquel extraño modo de andar, bamboleándose, dando saltitos, y por último, ¡Dios y señor! aquella curiosidad femenil é impertinente.

Y á propósito de esto encolerizóse formalmente y dijo que un día, en una pequeña ciudad de Italia, como hubiese salido á la calle vestido de moro, se agrupó en un momento en derredor suyo inmensa muchedumbre que apenas le dejaba dar un paso, de suerte que para evitar tanta incomodidad, y tantas risas y la gritería que se había armado, no tuvo más recurso que volverse á la fonda y cambiar de traje.

—¿Y es así cómo se hace en vuestro país?—me preguntó.—Que aquí se haga, se explica, porque jamás se ven cristianos; pero en Europa, que se sabe cómo vestimos, porque hay pinturas y enviáis aquí pintores que con las máquinas y con los colores nos hacen retratos; entre vosotros que

todo lo sabéis, ¿no parece irregular que tales cosas acontezcan?

Después de haberse expresado con tanto calor, sonrió cortésmente como para decirme:—Esto no impide que ambos seamos amigos.

Después recayó la conversación sobre la industria europea, sobre el telégrafo, los caminos de hierro, las grandes obras de utilidad pública, de lo cual me dejó hablar sin interrupción, confirmando de cuando en cuando mis palabras con una leve inclinación de cabeza. En cuanto concluí, lanzó un profundo suspiro, y dijo:

—Enhorabuena, mas... ¿de qué sirve todo esto si al fin hemos de morir?

—¿De manera, —observé,— que no cambiaríais por la nuestra vuestra manera de ser?

Permaneció un rato pensativo y luego contestó:

—No, porque vosotros no vivís más tiempo que nosotros, ni disfrutáis más salud, ni sois mejores, ni más religiosos, ni vivís más felices. Dejados, pues, en paz. No os empeñéis, pues, en que todo el mundo viva como vosotros y sea feliz de la manera que vosotros queréis. Dejemos las cosas en el lugar que Alá las ha puesto; que por algo ha puesto Alá el mar entre Europa y África. Respetemos sus designos.

—¿Y creéis, —pregunté,— que seréis siempre lo que sois ahora? ¿Qué poco á poco, pero con perseverancia, no lograremos haceros cambiar?

—No lo sé, —contestó.— Vosotros disponéis de la fuerza y haréis cuanto se os antoje. Lo que ha de ser será: está escrito. Mas suceda lo que quiera, Alá no abandonará á los que en El creen.

Esto dicho, cogíome la mano, estrechóla tiernamente contra su corazón, y se alejó con majestuoso ademán.

*
*
*

Esta mañana, á la salida del sol, he ido á presenciar la revista de la guarnición de Fez, que el Sultán pasa tres días



El embajador de Italia da audiencia á algunos israelitas

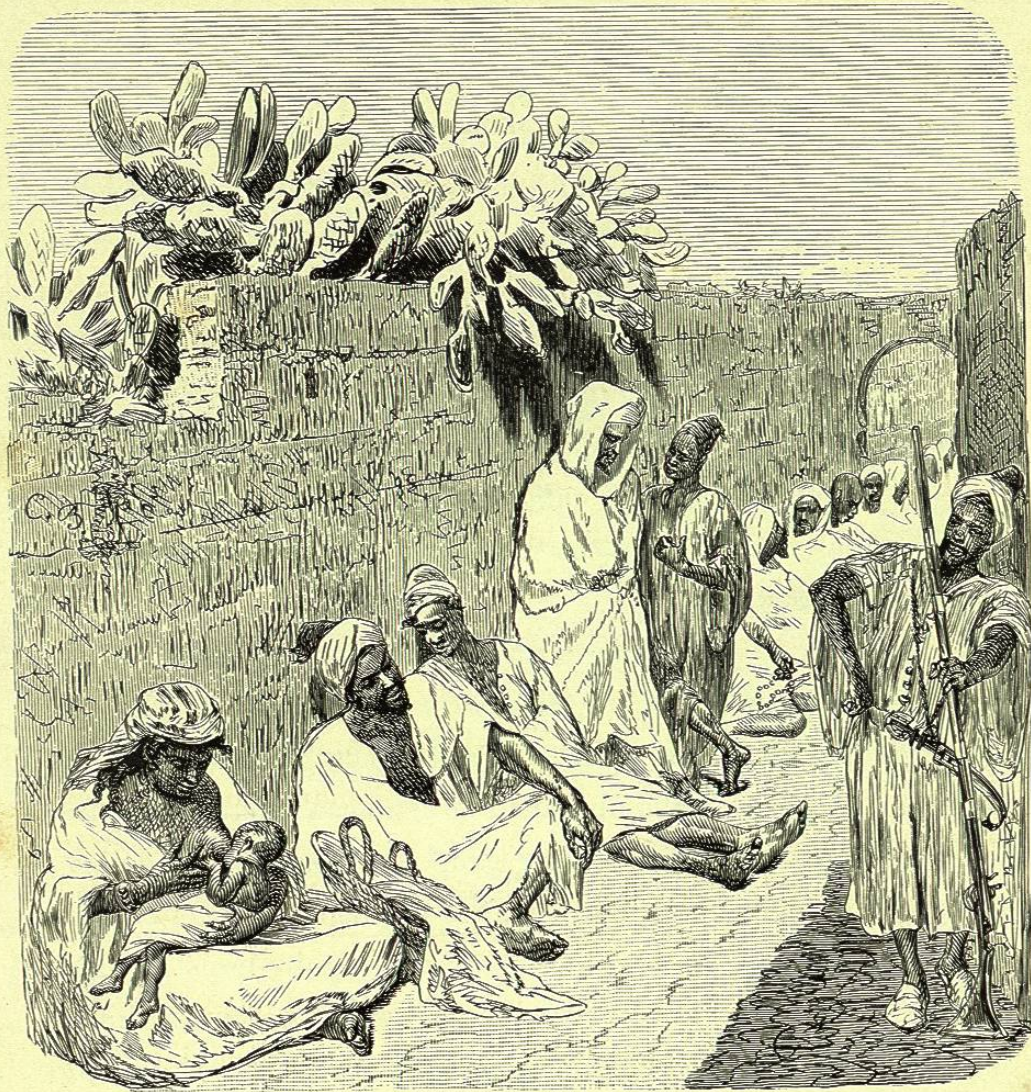
cada semana, en la plaza donde tuvo lugar la recepción oficial de la embajada.

En cuanto salí por la puerta del Nicho de la manteca, pude ya formarme una idea de la manera como maniobraba la artillería. Una muchedumbre de soldados, viejos, de mediana edad y muchachos, completamente vestidos de encarnado, corrían detrás de un cañoncillo arrastrado por una mula. El cañón era uno de los doce de campaña que el gobierno español regaló al Sultán Sid-Mahomed al terminar

la guerra de 1860. De cuando en cuando la mula resbalaba, ó torcía de camino, ó se detenía, y toda aquella chiquillería comenzaba á chillar y á retozar, bailando y riendo á carcajadas, como mascarada en carnestolendas. En un trayecto de escasos cien pasos detuviéronse lo menos diez veces: continuamente acaecían percances, pues tan pronto se caía al suelo el escobillón, como quedaba atrás el cubo ó pozal, como se enredaba no sé qué, puesto que todo, sin orden ni concierto, hallábase echado sobre la cureña. La mula marchaba á su antojo haciendo eses, ó mejor, hacia donde la llevaba el cañón al descender rápidamente por las desigualdades del terreno; todos daban órdenes, y ninguno obedecía: los mayores denostaban á los medianos; los medianos á los pequeños, y éstos los unos á los otros, y el cañón continuaba casi en el mismo punto. Era aquella una escena que habría producido fiebre al general Lamármora.

En la orilla izquierda del río de las Perlas, veíanse hasta dos mil soldados de infantería, parte tumbados por el suelo, parte de pie formando corros. En la plaza, cerrada por las murallas y el río, tiraba al blanco la artillería: cuatro cañones, detrás de los cuales veíase un grupo de soldados, y de pie, en medio de ellos, una figura blanca y esbelta. Era el Sultán, cuyos contornos á duras penas podía distinguir desde el lugar en que me hallaba. Parecióme que de vez en cuando se dirigía á los artilleros en ademán de darles instrucciones. En el lado opuesto de la plaza, cercano al puente, veíase un grupo de moros, árabes, negros, hombres y mujeres, gentes de la población y del campo, señores y clase media, que, según se me dijo, aguardaban á que el Sultán fuera llamándolos uno después de otro, para pedirle justicia ó favor, puesto que el Sultán concede audiencia tres veces cada semana y en ella escucha

á todo aquel que desea hablarle. Parte de aquella gente procedía sin duda de lugares ó pueblos lejanos, é iba á quejarse de las vejaciones de los gobernadores, ó á pedir gracia para



Moros esperando al Sultán

sus parientes, sepultados en el fondo de una cárcel. Había mujeres andrajosas y ancianos decrepitos; y en todos aquellos rostros tristes y apesadumbrados, se leía el impaciente deseo y al par el vivísimo temor de tener que comparecer ante el

príncipe de los creyentes, el juez supremo, que en breves instantes y con pocas palabras podía decidir de su suerte para todo el resto de su existencia. Parecióme que no tenían cosa alguna en las manos ni delante de ellos, y por lo tanto me inclino á creer que el Sultán reinante ha suprimido la costumbre, que antiguamente existía, de acompañar toda petición con un regalo, que jamás era desdeñado, aun cuando no fuera más, como acontecía algunas veces, que un par de pollos ó una docena de huevos.

Dirigíme hacia los corros de soldados. Los muchachos estaban distribuidos en grupos de treinta ó cuarenta, y se divertían persiguiéndose ó saltando los unos por encima de los otros, apoyándose las manos en la espalda. Sin embargo, grupos había en los cuales la diversión consistía en una especie de pantomima, que me hizo estremecer en cuanto comprendí su significado. En efecto, representaba la amputación de la mano, la decapitación por medio de la gumía, y otros suplicios que probablemente habían presenciado repetidas veces. Uno de los muchachos representaba el papel de cadí; otro el de ejecutor; otro el de víctima: éste, en cuanto le habían cortado la mano, fingía introducir el muñón en el alquitrán; otro recogía la mano cortada y la arrojaba á los perros, y todos los espectadores reían á mandíbula batiente. Las caras patibularias de aquellos soldados en miniatura no son para descritas. Las había de todos los matices imaginables, desde el negro de ébano hasta el amarillo naranjado, y ni uno tan sólo, aun de los más jóvenes, que conservara la expresión de la ingenuidad infantil: todos tenían no sé qué de duro, descarado, burlón, cínico y repulsivo, que movía á compasión más bien que á desprecio, no siendo menester estar dotado de gran perspicacia para comprender que no es posible otra